

Trabajos de una desterrada

LEÓN, MARÍA TERESA

Ed. Gabriel Cacho Millet, Madrid, Sial, 2015, pp. 284

Sin duda este volumen logra lo que su autora —y conferenciante en las ondas— trazó en su melancólica memoria, a la luz de lo que Cacho Millet plantea en la “premisa” (pp. 11-23) que lo encabeza: “arrancar a María Teresa León de su inmerecido exilio literario, a fin de que su obra se lea con la atención que se le debe”. El corpus rescatado aquí por el periodista y estudioso de los poetas Dino Campana y Enmanuel Carnevali —cuyo nutrido epistolario con Papini y Croce rescató hace años— y la editorial Sial permiten al ocioso lector acercarse a una faceta menos conocida —la de articulista— de la responsable de *Cuentos para soñar*, pero sobre todo nos ayuda a conocer su dimensión humana.

Al margen del indudable valor de los documentos inéditos, la clave de bóveda se cifra aquí en los textos en los que María Teresa León se presenta como amiga, madre, mujer y exiliada. Sus gustos, pero también sus miedos, laten en cada una de las páginas exhumadas por

Cacho Millet. En general, el acceso a la figura de una autora —en este caso canónica, aunque oscurecida por la de su ilustre marido, Rafael Alberti—, es fruto del acceso a testimonios íntimos. Pues bien, Cacho se las arregla para bosquejar un preciso (y precioso) retrato de la escritora a lo largo de los tres bloques que componen su libro: 1) parte de su epistolario: las cartas que remitió al editor, pp. 235-267); 2) los recuerdos y estampas que narró a sus radioyentes (ocupan la parte central, pp. 25-229); y 3) anécdotas privadas, al hilo de lo que el editor expone en su proemio (pp. 11-21), donde privilegia sus recuerdos y vivencias junto a la riojana.

Semblanzas personales que resucitan a María Teresa León y nos devuelven una imagen entrañable: “caminaba infatigablemente por las calles del Trastévere alejándose lenta pero inexorablemente de su yo, como si su destino fuese todavía el de andar, como si destierro no debiera terminar nunca”. La amistad entre el editor y los Alberti aflora

a lo largo de todas las epístolas, en virtud de los temas tratados, la cercanía con la que se expresa y las referencias a los miembros de la familia (acerca de sus nietos e hijos, a los que Gabriel Cacho frecuentaba más que la propia escritora, como se deduce de la carta IV). El papel de la dactilógrafa Eros Durastanti en la conservación del acervo de María Teresa León no es que se antoje fundamental, sino que linda con lo mágico. Por ende, su caracterización y *modus operandi* bien podrían haberles servido como trampolín a Mújica Láinez, a Borges o a la propia María Teresa León —con quienes los Cacho Millet compartieron trabajos y días— para escribir alguno de sus cuentos.

En las cartas, nos cuenta de primera mano sus andanzas humanas y literarias, así como sus proyectos e, incluso, sus horarios. Resulta interesante cómo relata las fases de su proceso creativo (la adaptación teatral de *Misericordia, Adán y yo, La libertad sobre el tejado, Manos arriba* y *Con la sogá al cuello*) y las impresiones que le iban causando algunos dramaturgos clásicos (Lope de Vega, en la carta V) y modernos (*Un hombre es un hombre* de Brecht, carta XIV). No faltan tampoco los guiños a la actividad de su marido, cuya producción durante

este periodo estuvo muy vinculada al mundo pictórico y en concreto a Picasso, a quien se alude a menudo a lo largo de la correspondencia (el libro para *Le Cercle d'Art* que Alberti hizo sobre la muestra del malagueño en Aviñón).

El rescate de las intervenciones radiofónicas de María Teresa León es una joya que, gracias a los empeños de Cacho, forma parte ya del horizonte de las letras del exilio. Destaca la mirada divulgativa a propósito de la vida cultural española y americana de mediados del pasado siglo. Su cuidada prosa (véanse por ejemplo “*Sobre las hormiga*” y “*La primavera*”) diversifica el abanico de temas, alternando los de raíz popular con los cultos, a imagen y semejanza del resto de los miembros de la Generación del 27. Así las cosas, el lector accede a un sinfín de noticias relativas a Versalles, la moda francesa, Baudelaire o Racine, sin orillar anécdotas que giran en torno al folklore y las creencias religiosas hispánicas (“*La Navidad en España*” y “*El Cristo de la agonía*”), fruto de sus recuerdos infantiles; renombrados personajes e hitos (los romances y la indumentaria durante la Edad Media, la poesía de Espronceda y Lope) o “estampas americanas” del Descubrimiento, Baldomero Fer-

nández Romero, el uruguayo Julio Herrera y Reissig y Juan Chabás).

Como digo, el exilio es una constante, si bien no machacona, que sobrevuela estas charlas. La ciudad de Buenos Aires se canta como el paraíso que abriga el desconsuelo del “trastierro” (muy arraigado entre sus compatriotas) y lo protege con el brindis de otro Nuevo Mundo (“Argentina para exiliados”). El acercamiento a este tema revela dolor y consuelo, ternura y ansia. Por lo que atañe a las vidas de Racine, Versailles o Goethe, se abordan aquí con una mirada alejada del cotilleo y las habladurías. Brillan con luz propia las páginas sobre el flamenco en el siglo XX (“Una tarde andaluza”) y la tradición de la traducción que fray Luis de León hizo del *Cantar de los Cantares*.

María Josefa Moreno Prieto
Università di Pescara